



Una escena del espectáculo 'Ki', con el coreógrafo Cesc Gelabert en el centro de la imagen, adaptándose con convicción a la estética nipona de origen tradicional. / FOTOS: FESTIVAL GREC

Gelabert y Amat, dos samuráis del teatro en el Japón profundo

El coreógrafo y el artista plástico estrenan 'Ki', que se podrá ver en julio en el Grec

NÚRIA CUADRADO / Yamaga (Japón)
Enviada especial

Cesc Gelabert aletea con la punta de los dedos de la mano. Y un farolillo rojo parpadea en Yamaga (Japón). Mejor dicho, un centenar. Los que aguardan a que los espectadores ocupen sus butacas en el teatro Yachiyozza.

Unas geishas vigilan desde los rosetones del techo. Tan delicadas como hace un siglo, cuando las dibujaron allí. Ante los ojos de un extraño, incapaz de entender el idioma, tan bellas damas parecen velar por que el escenario del pequeño pueblo de la quinta isla japonesa, la más cercana a China y a Corea, -lejos de Tokio-, siga siendo la patria del kabuki, la forma de teatro más popular en Japón (de los amos de sus actores saben los nipones tanto como de los de las folclóricas patrias el *couché* español).

Pero esta tarde de viernes hay nervios por si a la geisha se le puede torcer el gesto. Nadie sabe si hacia arriba o hacia abajo. Porque, valiente, el teatro ha decidido no mirar quién fue, sino descubrir quién puede ser. Y ha invitado, con la complicidad del festival Grec de Barcelona, a dos protagonistas llegados de Cataluña para que reescriban sobre el escenario una tradición que, aunque admiran, les es ajena.

El bailarín y coreógrafo Cesc Gelabert y el artista plástico Frederic Amat se han vuelto a aliar -después del éxito de *Zum-zum-ka-* en *Ki*, un espectáculo que, tras su prueba de fuego en Japón, llegará a la cartelera del Grec, al escenario del Teatre Lliure, el próximo 2 de julio. En esta aventura, Gelabert y Amat no están solos; se han busca-



Cesc Gelabert, en pleno trance escénico durante el montaje de 'Ki', un espectáculo multidisciplinar.

Energía, intuición, impresiones

Frederic Amat se sienta y pone sobre la mesa los meses de trabajo en torno a 'Ki', que podría traducirse como madera, aunque también como energía. Son unos cuadernos negros donde se esconden sus viajes por Japón y sus conversaciones con Cesc Gelabert, con quien comparte la dirección del espectáculo que anoche estrenaron en Ja-

pón. Son cuadernos con fotografías, dibujos y 'collages'. Por ejemplo, fragmentos de instantáneas tomadas en la lonja de Tokio donde subastan el pescado, que les han servido para ilustrar el kimono que luce sobre el escenario Katsura Kan. También recuerdos de la audición de Tomohiko en una pequeña habitación de un hotel de la capital

nipona. Estampas de la dama de Elche que han usado para construir la peluca.

Ahí está todo lo que han querido explicar Gelabert y Amat. Pero, ¿qué es lo que han querido transmitir? «Ante todo, sabemos lo que no hemos querido hacer. No hemos querido que 'Ki' sea una japonserie», apunta Amat. Y Gelabert apostilla: «No queremos ofrecer

una serie de fotografías, sino dar nuestra respuesta, nuestra impresión de Japón. Es algo intuitivo ante lo que hemos visto». Pero aún añade Amat: «No ha habido un 'lost in translation' porque, con Katsura Kan y con Tomohiko Tsujimoto, compartimos un lenguaje común, que es el de la creatividad. Hemos compartido juntos un camino de conocimiento y de reconocimiento». Una senda de ida y vuelta.

do dos aliados tan ajenos a la centenaria tradición japonesa como ellos mismos: Katsura Kan, bailarín de *butoh*; y Tomohiko Tsujimoto, que llega de la danza contemporánea y el *break dance*.

Cuando los farolillos pasan del rojo al negro y el teatro se oscurece, sobre el escenario aguardan los músicos -seis mujeres, aunque en el kabuki estén vetadas- y resuena una lluvia de zapatos. Primero llovizna. Después tormenta. Hasta que forman una montaña. Y mientras los japoneses se recobran de la sorpresa, aparece el primer bailarín: Tomohiko, sobre la cara una careta que no es más que una hoja de col; gesto concentrado, oriental, aunque sus movimientos no desentonaran en las calles del Bronx.

Con una danza tan rotunda como el cuerpo que se adivina bajo el tul negro de sus mallas, avanza hacia la montaña de zapatos. Y se sienta sobre ellos. Sólo entonces se quita la máscara. Y pierde el foco

Dos aliados nipones ayudan a los artistas catalanes a salir airoso del reto

para dar paso al segundo invitado. ¿Demonio? ¿shogun? Un monstruo sin cabeza, con un tentáculo como cuello que acaba en un ojo. Repta lentamente entre el público. Hasta que llega y se descubre. Tiene el rostro de Cesc Gelabert.

Y entra en escena una geisha con la melena de la Dama de Elche. Es un onnagata (un hombre vestido de mujer), que camina prendido de un cinturón de sogas que le ayuda a arrastrar su pasado, su pesada carga, hecha de tierra, de hielo y de entrañas. Y es cuando la recibe, cuando la toca con sus manos, cuando también deja ver quién es realmente. Entre los tres, serán pez, caballo o pájaro.